

POSIBILIDADES DEL ARTE EN TOLEDO

Todos sabemos, más o menos, qué cosa es una obra de arte. Es la gracia y la esencia del Dios Creador que se derraman sobre el hombre. Es la facultad creativa humana ensalzada al máximo de sus potencias. Es lo que valora y legitima al hombre muy por encima de otras aptitudes, porque crear, lo que se dice crear, llevando al lienzo, al mármol o a la cuartilla, lo más intransferible y genuino de uno mismo, eso sólo puede tener libre expresión en la obra de arte.

Cierto que esta libertad de expresión es al arte lo que el aire a la vida biológica. Pero si no precisara más que de ella, inequívocamente degeneraría. Es necesario, además, que el arte, lo más delicado que pueda aflorar en el hombre, se vea asistido por el reconocimiento y cordialidad de las gentes. Si un pueblo no tiene, o ha perdido, una sensibilidad colectiva para el arte, si este queda reservado únicamente a unas exiguas minorías, puede pensarse que este pueblo, pese a sus tradiciones y su historia, es un pueblo bárbaro y rezagado en su misión universal.

Por desdicha, nuestra época ofrece un estado de espíritu y de costumbres lo menos indicado para que la obra de arte sobrepase en intensidad de vivencia a la pura eclosión de los instintos, que hoy parecen presidir todas las empresas del mundo. No obstante, esto puede obviarse con harta menos dificultad cuando el terreno nos lo hemos encontrado abonado y propicio. Tomemos el ejemplo de nuestra ciudad, y sigamos al hilo de las definiciones al uso. Toledo, emporio del arte, cuna y regazo de artistas, ciudad-museo por excelencia. Prescindamos de las gangas que todos conocemos y no osamos denunciar, tal vez, por prejuicio, cortesía o simple indiferencia, y analicemos.

Toledo, es cierto, ciudad-museo. Existen aquí almacenadas, como herencia de los siglos, joyas arquitectónicas y pictóricas, y documentos de valor incalculable. La huella del hombre creador, del hombre superior, es aquí abundante. Pero, con sinceridad ¿podríamos resignarnos a que Toledo fuera sólo esto: ciudad-museo, necrópolis artística, vitrina de recuerdos, cuando el pulso creador todavía late en las venas y la inspiración se desborda en el alma de tantos toledanos?

Toledo, cuna y regazo de artistas. Igualmente cierto. Toledo genera artistas con la misma naturalidad con que la mujer engendra hombres y el árbol fruto. Es también regazo para aquéllos que, ya consagrados, vienen a Toledo a buscar un remanso para el alma y aquí suelen quedar expectantes y como abrumados de gozo. Solo cabe preguntar: ¿por qué Toledo no es también vivero de artistas, regazo para los que empiezan, apoyo para los que están en la brecha? Reconozcamos que el empeño en este punto es fragmentario, difuso, impotente en muchas ocasiones.

No es el momento de hacer reproches. Considerad todos lo que el arte significa en la historia de los pueblos, lo que supone de esfuerzo en la conquista de nivel humano. Pensad si no estaremos cometiendo un pecado de lesa humanidad al supervalorar hechos y circunstancias de tono menor o absolutamente ínfimo, menospreciando otros fundamentales. Responded de corazón si un artista con todas sus inquietudes, con su inmenso

bagaje de espíritu, con sus gozos y angustias de altísima tensión, no es más digno de ayuda, de estímulo y de alabanza que cualquier «personaje» de esos que tan habituados estamos ya a soportar.

No digamos que es el signo de la época. No nos engañemos, porque los valores auténticos son immanentes e intangibles. El subvertir esos valores puede constituir un pasatiempo para los majaderos, para los locos o para los solípedos con figura humana, pero no para hombres que saben, piensan, quieren y sienten. Toda empresa artística es una obra de redención. Es justo, pues, que se la reconozca y estimule, máxime cuan-



do esta empresa —pongamos por caso, «Estilo»— sólo trata de descubrir unos valores, de aquilatarlos y ponerlos al servicio de la comunidad. Son toledanos, de Toledo les viene el impulso, y su vocación la sienten acrisolada entre estas viejas murallas y paredones, a la sombra de sus monumentos altivos. Son los continuadores, la versión presente de aquellas escuelas artísticas y literarias que dieron lustre a nuestra ciudad, cuando la ciudad se miraba en ellos como en un espejo. En nombre de Dios, por Toledo y por ellos mismos, no dejemos que se malogren.

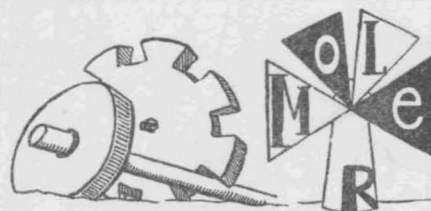
TOMÁS SIERRA

NOTAS

LA CRÍTICA

La crítica —leemos alguna vez— juzga demasiado benévolutamente, o ni siquiera se toma la molestia de juzgar. Y es lo cierto. A una mentalidad de color rosa, sensiblera y tenazmente aferrada a prejuicios conceptuales de escaso calado, no la vendría inoportuno que la despertase el atronador imperativo de la realidad. De esa o de esas realidades que sólo están aguardando al crítico veraz que las desnude del ropaje ficticio en que nos llegan descritas —como en envoltura de plástico— y nos las muestren implacablemente a la consideración, con su entraña al aire.

No es sensato dormirse al pie de árboles recién plantados, esperando que su ramaje incipiente nos depare la sombra que pretendemos. Tampoco se ha operado en nuestro contorno, jamás se operará, esa transformación edénica que nuestra pereza sueña. Pereza de la mente, se entiende, de la que se nutren tantas flaquezas nuestras. Por ello es más que nunca necesaria la función crítica, a fin de que nuestros ojos y nuestros espíritus puedan relacionarse mutuamente sin temor a engaño.



POSTULACIÓN

La intelectualidad, en Toledo, ha venido laborando inveteradamente, salvo contadas excepciones, bajo el peso de dos graves hipotecas de dispar origen: la sobrecarga de una cultura ancestral y el deslumbramiento producido por la contemplación a distancia, sin enfoque adecuado, de las concreciones en que ha ido plasmando la contemporánea. Y así, durante decenios, plumas bien tajadas y pinceles diestros, han ido embotándose en la ingrata y —en la mayoría de los casos— estéril exégesis de unos valores completamente superados, o estragándose en la desorientada imitación de modos artísticos, de cuya formulación no nos llegaban más que atisbos parciales e inconexos.

La indudable significación estética y cultural de lo que Toledo fué, ha inspirado ya —en el sentir de algunos— suficientes aportaciones —importantes algunas, nimias las más— al movimiento intelectual de los últimos tiempos. Sin querer sentar plaza de iconoclastas ni afirmar que ya es hora de echar siete candados a panteones gloriosos, si queremos algunos exhortar a los jóvenes a que dejen a los muertos el cuidado de enterrar a los muertos. La vida, materia primordial del arte contemporáneo, está en la calle, en el campo y en esos pueblos de la provincia que todavía no han encontrado intérpretes de su significación. Si pedimos a las cosas sencillas, humildes, cotidianas y actuales que nos revelen su significado, y acertamos a plasmarlas o a transcribirlas, con sencillez y rigor, del modo que ellas quieren ser interpretadas, habremos acertado a configurar un arte de mayor o menor número de quilates, pero vivo, actual y, por ende, clásico y transcendente. De donde no, continuaremos cultivando un manierismo amenazado de industrialización, cuando no uncidos, como burros ciegos, al «arte» de una noria con la que aprovechados hortelanos riegan sus coles y sus nabos.